

Intervención de la rectora en el Acto de Apertura del Curso Académico 2026-2027

Amaya Mendikoetxea

Presidente de la Asamblea de Madrid,
Delegado del Gobierno de España,
Defensor del Pueblo,
Consejera de Educación, Ciencia y Universidades,
Rectoras y rectores,
Alcaldes de Alcobendas y Tres Cantos,
Presidente del Consejo Social, Secretario General, Profesor Antonio Pérez,
Directoras y directores,

Señoras y señores:

Es un honor para la UAM ser la anfitriona de este acto.

En noviembre de 1553, mientras unos trabajadores excavaban junto a las murallas de Arezzo, la tierra devolvió una figura que había guardado durante siglos.

No sabemos cómo fue aquel hallazgo, pero podemos imaginar que primero apareció el brillo oscuro del bronce. Después, poco a poco, el cuerpo poderoso y herido de una criatura imposible: la Quimera de Arezzo de la que nos ha hablado el prof. Pérez Martínez.

Nadie la estaba buscando.

Su hallazgo fue fruto de la casualidad. Pero la casualidad solo apartó la tierra. Fueron el conocimiento y la mirada humana los que supieron reconocer que aquel objeto no era un resto más, sino una obra extraordinaria capaz de atravesar los siglos.

El azar puede poner algo valioso ante nuestros ojos, pero no puede enseñarnos a verlo. Para eso hacen falta preparación, curiosidad y conocimiento.

Esta tensión entre lo inesperado y lo deliberadamente construido resulta especialmente apropiada para inaugurar un nuevo curso académico, en el que poder seguir avanzando del mito a la esperanza.

La universidad vive de la libertad para formular preguntas y recorrer caminos cuyo destino no conocemos de antemano. Pero vive también de la planificación, de la continuidad y de la perseverancia.

Hoy hemos tenido el privilegio de escuchar al profesor Antonio Pérez Martínez, profesor titular de Pediatría de la Universidad Autónoma de Madrid y jefe del Servicio de Hemato-Oncología Pediátrica del Hospital Universitario La Paz.

Su trayectoria reúne de manera ejemplar las tres dimensiones de la misión universitaria: docencia, investigación y servicio a la sociedad. En su caso, además, adquieren un significado profundamente humano.

La investigación oncológica pediátrica no persigue únicamente ampliar las fronteras del conocimiento. Persigue ganar tiempo, abrir caminos donde parecían haberse cerrado y devolver a los niños y a sus familias algo tan frágil y tan poderoso como la esperanza.

Como él bien ha dicho la quimera fue, en el mundo antiguo, una criatura imposible. Con el tiempo, la palabra pasó a designar también un sueño que parece irrealizable.

Pero la historia de la ciencia está llena de quimeras que dejaron de serlo.

El recorrido que nos ha ofrecido el profesor Pérez Martínez por la evolución de la terapia celular y los tratamientos CAR-T es un magnífico ejemplo. También nos recuerda que ningún avance de esta magnitud es obra de una sola persona, disciplina o institución.

Y esta es la idea que quisiera subrayar al comenzar el curso: la necesidad de articular un verdadero sistema de ciencia que conecte universidades, hospitales, centros de investigación, administraciones y empresas. Un sistema capaz de convertir la extraordinaria concentración de talento en nuestra región en conocimiento, innovación y esperanza, y de situar a Madrid entre los grandes ecosistemas científicos del mundo.

El prof. Pérez ha subrayado como una de las innovaciones más transformadoras la convergencia entre biología sintética, nanotecnología y terapia celular. En su proyecto IMAGINE participan, junto a universidades, el Centro Nacional de Biotecnología y el Instituto de Ciencias Materiales, ambos centros del CSIC situados en este campus, con el máximo sello de excelencia.

No es el único ejemplo de colaboración fructífera en el ámbito de la salud, ni mucho menos.

En un verano tan repleto de malas noticias conocíamos que el Hospital Gregorio Marañón y la UPM han desarrollado una tibia con tecnología 3D que ha permitido a un hombre de 38 años conservar su pierna y poder caminar. De la investigación aeroespacial al quirófano.

En el Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, centro mixto de la UAM y el CSIC, se ha identificado recientemente un candidato antiviral capaz de actuar, mediante un mecanismo completamente nuevo, frente al virus del herpes simple, incluso ante cepas resistentes a los tratamientos actuales. El hallazgo abre una nueva vía terapéutica y muestra cómo la investigación básica puede convertirse en una posibilidad real para la salud. Este avance tampoco es obra de una institución

aislada. Ha reunido conocimientos de biología molecular, virología estructural y diseño de fármacos, y ha conectado al CBM con la Universidad de Alcalá y con investigadores internacionales.

Nada de ello sucedió por casualidad.

Detrás de cada avance hay años de investigación básica, ensayos, errores, infraestructuras y financiación. Y hay, sobre todo, cooperación: entre disciplinas, entre quienes investigan y quienes atienden a los pacientes, entre universidades, centros de investigación, hospitales, administraciones y empresas.

La universidad tiene funciones que van mucho más allá de las formativas. Es, como la quimera de Arezzo, una criatura compleja que ha dejado de ser una comunidad intelectual aislada con un único propósito para adquirir una multiplicidad de funciones, que a veces se complementan y otras compiten entre sí.

La investigación no es un adorno de la universidad. Es uno de sus cimientos.

En un laboratorio, en una biblioteca, ante un archivo o frente a una pantalla, alguien inicia hoy uno de esos caminos, que a veces conduce a un tratamiento, una tecnología o una empresa y otras nos ayuda a comprender mejor nuestra historia, nuestro lenguaje, nuestras instituciones o la sociedad en la que vivimos.

No todo conocimiento produce un resultado inmediato, pero todo conocimiento verdadero amplía el mundo que somos capaces de pensar.

Desde nuestra diversidad, todas las universidades madrileñas contribuimos a crear conocimiento, formar talento e impulsar la innovación. Somos más que centros de educación superior: somos infraestructuras estratégicas para la competitividad y la cohesión de Madrid.

Un reciente informe sobre nuestra actividad científica confirma la fortaleza de este sistema universitario plural. Dentro de él, las universidades públicas aportan casi nueve de cada diez publicaciones científicas. Es una contribución que refleja el trabajo de miles de investigadores, de jóvenes que comienzan su carrera científica y del personal técnico y de gestión que hace posible su labor.

No les voy a contar el informe completo, y después de la memoria que acabamos de escuchar, prometo no someterles a una segunda, pero permítanme mencionar brevemente, como rectora de la universidad anfitriona, una pequeña muestra de la contribución de la UAM a esa fortaleza compartida.

Durante el curso 2025-2026 se han incorporado cinco nuevos investigadores beneficiarios de los proyectos más prestigiosos del Consejo Europeo de Investigación, ERCs y con ellos sumamos ya 17 en activo, que investigan temáticas tan variadas como los semiconductores, los mecanismos celulares de la audición y

su pérdida, las poblaciones homínidas del pleistoceno, la producción de hidrógeno, la gravedad cuántica, los nanomateriales....

Desde el comienzo del programa marco Horizonte Europa en 2021, nuestra universidad ha captado cerca de 95 millones para proyectos de investigación europeos: talento, equipos e infraestructuras que amplían la capacidad científica de todo Madrid.

Pero la excelencia alcanzada no está asegurada para siempre. Necesita renovación generacional, financiación estable y una estrategia capaz de proyectarla hacia el futuro.

El mundo está cambiando y las universidades debemos cambiar también.

No podemos pedir a la sociedad que confíe en nosotros si no evaluamos nuestros resultados, revisamos nuestras formas de trabajar y respondemos mejor a las necesidades de nuestros estudiantes y de nuestro entorno.

Cada universidad afronta ese desafío desde su historia y su misión. La UAM nació en 1968 gracias a un decreto ley que perseguía introducir la investigación en un sistema universitario dedicado principalmente a la transmisión del conocimiento, no a su generación. Durante más de 5 décadas, la UAM se ha mantenido fiel a su misión de generar conocimiento y transmitirlo a la sociedad.

Al final del pasado curso aprobamos el Plan Estratégico UAM Futuro 2026-2031.

El Plan parte de los cambios que están transformando la universidad: la inteligencia artificial, la urgencia climática, la competencia internacional por el talento, las nuevas expectativas del estudiantado y las profundas transformaciones sociales de nuestro tiempo.

No queremos limitarnos a adaptarnos. Queremos anticipar esos cambios y decidir qué universidad deseamos ser.

Uno de sus proyectos tractores, UAM Vanguardia, busca conectar las capacidades de la universidad con las de los organismos públicos de investigación, los institutos IMDEA, los hospitales universitarios y el tejido productivo. Es nuestra contribución a un propósito compartido: convertir la extraordinaria concentración de conocimiento de Madrid en un verdadero ecosistema.

Madrid reúne universidades de calidad, hospitales de referencia, organismos públicos de investigación, institutos IMDEA y empresas innovadoras. Posee, por tanto, las capacidades necesarias para situarse entre los grandes ecosistemas europeos del conocimiento.

Sin embargo, la proximidad no garantiza la colaboración. A veces seguimos pareciéndonos demasiado a un archipiélago: instituciones excelentes, pero separadas por fronteras administrativas, burocracias y formas distintas de trabajar.

Las islas ya existen. Ahora necesitamos construir los puentes.

Y necesitamos hacerlo porque los grandes desafíos de nuestro tiempo —el cambio climático, la energía, la vivienda, la seguridad, la salud mental, el cáncer, el envejecimiento, las desigualdades o la inteligencia artificial— no respetan nuestras divisiones institucionales ni académicas, al igual que, como hemos visto tristemente este verano, los incendios forestales traspasan los límites provinciales y los movimientos migratorios atraviesan fronteras.

Nadie tiene por sí solo todas las respuestas.

De ahí la necesidad de pasar de la cooperación ocasional a las alianzas estables; de incorporarnos a proyectos ya definidos a compartir desde el principio preguntas, objetivos y responsabilidades.

Las buenas alianzas no borran la identidad de quienes las forman. Al contrario: permiten que cada institución aporte lo mejor de sí misma a una misión común. Pero, como en toda relación humana, exigen confianza, compromiso y continuidad.

Y exigen también procedimientos más ágiles. Porque quienes trabajamos en la universidad sabemos que, en ocasiones, resulta más fácil formular una hipótesis científica que averiguar qué formulario hay que presentar para desarrollarla.

Madrid ya tiene las piezas. El reto es conseguir que trabajen como un sistema.

Las universidades queremos contribuir a vertebrarlo junto con los hospitales, los centros de investigación, las administraciones y las empresas. Y me alegra especialmente que todos estos actores estéis hoy representados aquí y escuchéis este mensaje: debemos trabajar juntos.

La nueva ley de la Ciencia y la Tecnología debería ser la base sobre la que construir una estrategia que permita aunar esfuerzos.

El nuevo Plan Industrial de la Comunidad de Madrid abre también una oportunidad para avanzar en esa dirección mediante proyectos colaborativos que transformen el conocimiento en innovación, actividad económica y empleo cualificado.

Es el tipo de ciencia que Madrid debe favorecer: una ciencia sin fronteras institucionales, capaz de transformar capacidades dispersas en respuestas compartidas.

Hay un proyecto en el que esa ambición puede adquirir una forma especialmente concreta: la Ciudad de la Salud.

La Ciudad de la Salud es una alianza entre la Comunidad de Madrid, el Servicio Madrileño de Salud y la Universidad Autónoma de Madrid. Y debemos aspirar a que sea mucho más que la suma de un hospital, una facultad y varios centros de investigación.

Debe ser un proyecto común en el que la asistencia, la docencia y la investigación formen parte de una misma misión; en el que la investigación básica y la práctica clínica se formulen preguntas mutuamente; y en el que la distancia entre el laboratorio y la cabecera del paciente sea cada vez más corta.

Durante mucho tiempo fue una aspiración, una quimera. Hoy ha comenzado a convertirse en realidad. Durante este curso se han producido avances importantes, aunque no siempre sean visibles. Porque los edificios comienzan mucho antes de que veamos colocar la primera piedra. Comienzan cuando una idea encuentra una voluntad capaz de sostenerla.

El futuro Cancer Center, del que nos ha hablado el Prof. Pérez Martínez, expresa especialmente bien esa aspiración. Se trata de conseguir que el conocimiento llegue con mayor rapidez y seguridad al paciente y de evitar que una idea prometedora se pierda por falta de continuidad, financiación o coordinación.

Un proyecto de esta dimensión sigue necesitando impulso político y agilidad administrativa.

Se trata de transformar el conocimiento en esperanza. Esperanza, sobre todo, para quienes no pueden esperar.

La Ciudad de la Salud muestra también por qué las universidades reclamamos estabilidad, recursos y autonomía. Los pedimos para formar a los profesionales que Madrid necesitará, mejorar los servicios públicos y la vida de las personas, atraer inversión, crear empleo cualificado y garantizar que el origen social no determine las oportunidades de quienes llegan a nuestras aulas.

Querida Consejera, Madrid aspira a liderar en Europa ámbitos decisivos como la salud, la inteligencia artificial, la innovación y la atracción de talento. Las universidades somos indispensables para alcanzar esa ambición.

El primer modelo de financiación plurianual de las seis universidades públicas madrileñas, firmado el pasado mes de marzo y con horizonte hasta 2031, constituye por ello un avance muy importante que queremos reconocer. Después de muchos años de incertidumbre, nos ofrece estabilidad y capacidad de planificación.

No es un punto de llegada, sino un punto de partida.

Las universidades debemos utilizar esos recursos con responsabilidad, evaluar nuestros resultados y rendir cuentas ante la sociedad. La Comunidad de Madrid debe garantizar la suficiencia y la continuidad que requieren nuestras misiones.

Y la estabilidad debe ir acompañada de autonomía y agilidad. Para competir internacionalmente por el talento y la investigación necesitamos capacidad para tomar decisiones, desarrollar proyectos y establecer alianzas.

Tenemos ante nosotros una oportunidad: construir una política científica madrileña ambiciosa y sostenida, que no comience de nuevo con cada ciclo y que convierta la suma de nuestras instituciones en un verdadero proyecto compartido.

Eso es, en definitiva, construir a largo plazo.

Václav Havel escribió que «la esperanza no es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo resulte».

Quienes investigan conocen bien esa forma de esperanza. Trabajan sin la garantía del éxito. Avanzan entre dudas, hipótesis que se descartan y caminos que a veces terminan cerrándose. Pero perseveran porque saben que la pregunta tiene sentido y que merece la pena recorrer el camino.

También quienes tenemos responsabilidades institucionales debemos aprender a trabajar sin todas las certezas, pero no sin propósito; sin conocer de antemano cada respuesta, pero sabiendo qué futuro queremos ayudar a construir.

La Quimera de Arezzo permaneció durante siglos bajo tierra hasta que el azar volvió a exponerla a la luz.

Las quimeras de nuestro tiempo —curar una enfermedad, anticipar una crisis, comprender mejor el mundo, ofrecer a cada joven una oportunidad— no esperan enterradas a ser descubiertas. Tenemos que hacerlas posibles.

Una quimera, como dije al principio, es también, un sueño, un deseo que parece difícil de alcanzar. Y precisamente “Pide un deseo” es el lema elegido este curso por nuestro Ciclo de Grandes Autores e Intérpretes de la Música, que desde hace cincuenta y cuatro años lleva la música de la UAM al Auditorio Nacional.

Permítanme, por tanto, tomar prestada esa invitación y formular mi propio deseo para el curso que comienza.

No es un deseo pequeño. Tampoco es un deseo que podamos dejar en manos del azar. Es más bien una sucesión de deseos, que espero que compartan.

Mi deseo para el curso que comienza es que sepamos reconocer las oportunidades cuando aparezcan; que tengamos la valentía de formular preguntas nuevas y la perseverancia necesaria para buscar sus respuestas.

Que sea un curso de caminos abiertos, de alianzas duraderas y de proyectos que avancen.

Que sepamos construir sobre las cosas que nos unen y no sobre las que nos separan.

Un curso en el que una pregunta nacida en un laboratorio encuentre el hospital en el que pueda convertirse en una respuesta; en el que una idea prometedora encuentre el apoyo necesario para no quedarse en un cajón; y en el que un investigador joven encuentre razones y oportunidades para desarrollar aquí su carrera.

Que nuestras alianzas se midan menos por el número de convenios que firmamos y más por las cosas que conseguimos cambiar juntos.

Que las universidades, los hospitales, los centros de investigación, las administraciones y las empresas sepamos compartir no solo recursos, sino también preguntas, riesgos y responsabilidades.

Y que, si no logramos que desaparezca la burocracia —esa sí sería una auténtica quimera—, consigamos al menos que ocupe un poco menos de nuestro tiempo y el conocimiento, un poco más.

Mi deseo para este curso es precisamente ese: que no esperemos a encontrar el camino ya trazado; que tengamos la voluntad de abrirlo, la inteligencia de recorrerlo juntos y la constancia necesaria para llegar más lejos.

Que sea un buen curso para todas las universidades madrileñas y, sobre todo, para las personas que cada día les dan vida.

Muchas gracias

Amaya Mendikoetxea, rectora.